

El concepto de *analizador* en el socioanálisis

Roberto Manero Brito*

Resumen

Los trabajos de la psicoterapia institucional, tanto en el hospital de St. Alban como en La Borde, en Francia permitieron que se observara y conceptualizara una figura que fue denominada de diversas maneras: *vacuola institucional*, *grupo sujeto*, *agenciamiento colectivo de enunciación*. Esta figura tuvo un papel analítico en el contexto hospitalario; se constituyó como *analizador* de las dinámicas del hospital, así como de la misma sociedad. Los trabajos de Georges Lapassade en el ámbito pedagógico, sobre todo en la intervención psicosociológica, no solamente significaron una crítica a las implicaciones políticas del psicoanálisis en el contexto hospitalario, sino que permitieron hacer observable la contradicción entre el *analizador* y el *analista*. La finalidad de este artículo es mostrar las diferencias del concepto de *analizador* en el contexto de los planteamientos de Guattari y Lapassade. Asimismo, cobra sentido la extensión del concepto hacia la idea del *analizador construido*, *analizador histórico* y *analizador natural*.

Palabras clave: analizador, analista, intervención psicosociológica, psicoanálisis, socioanálisis.

* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-X.
Correo electrónico: [rmanero@prodigy.net.mx].

Abstract

The work of Institutional Psychotherapy, both in St. Alban's hospital and in La Borde, France, allowed the observation and conceptualization of a figure that was denominated in several ways: *institutional vacuole*, *subject group*, *collective assemblage of enunciation*. This figure had an analytical role in the hospital context, was constituted as *analyzer* of the dynamics of the hospital, as well as of the same society. The work of Georges Lapassade in the pedagogical field, but especially in the psychosociological intervention, not only meant a critique of the political implications of psychoanalysis in the hospital context, but also made it possible to observe the contradiction between the *analyzer* and the *analyst*. The purpose of this article is to show the differences of the concept of analyzer in the context of the approaches of Guattari and Lapassade. It also makes sense to extend the concept to the idea of the *built-in analyzer*, *historical analyzer*, and *natural analyzer*.

Keywords: Analyst, analyst, psycho-sociological intervention, psychoanalysis, socioanalysis.

Introducción

Uno de los conceptos centrales en el análisis institucional, que es prácticamente un concepto bisagra entre las nociones referentes al *campo de intervención* y al *campo de análisis*, es el concepto de *analizador*.

En otro lugar (Manero, 2015), he desarrollado los orígenes teóricos de este concepto a partir de autores que no se reconocen en la corriente socioanalítica del análisis institucional. Destaca en ese ámbito la obra de Félix Guattari, quien practicó en vida otras formas de análisis institucional a partir de la psicoterapia institucional. En ella, el concepto era tributario de experiencias inéditas en el campo de la psiquiatría, a partir de fenómenos que anticipaban ya, en ese ámbito, la gran revuelta del año 1968. Indudablemente, la militancia se constituía como uno de los principales referentes del concepto.

El otro sería el psicoanálisis, criticado a partir de la construcción del esquizoanálisis como posibilidad alternativa.

Frente al modelo tradicional de los partidos de izquierda, especialmente el Partido Comunista, en el que la cúpula era el gran *analista* del devenir histórico de las sociedades, la militancia grupuscular había convencido a Guattari de que habría otros analizadores que permitirían ir más allá en el análisis de las diversas instituciones (Manero, 2015; Guattari, 1976). En el hospital, la experimentación con diversos dispositivos de socialización de los enfermos había permitido a este autor vislumbrar la formación de pequeños grupos que podían observar y significar las experiencias desde otro lugar, algo así como una *vacuola institucional*, un corpúsculo que al mismo tiempo es parte del organismo, su diferenciación es suficiente para poder discriminarse y elaborar una significación propia.

Poco después, esta *vacuola institucional* se convirtió en un *grupo sujeto*, verdadero analizador del acontecer institucional del psiquiátrico. Sin embargo, en esta denominación, existía aún algo del orden de la *estructura*, en tanto *estructura grupal*, que ya había sido estudiada por varios autores y que finalmente quedaba bajo las determinaciones de las fantasías primerizadas. A la idea de *estructura*, Deleuze y Guattari opondrían el planteamiento de una *máquina*, *máquina de guerra* y *máquina deseante*, que transformaría la idea del *sujeto*: ya no sería un grupo sujeto, sino un *agenciamiento*, es decir, aquello que estaba mucho más cercano a la idea de *dispositivo*, la posibilidad de re-organizar y de re-significar una serie de elementos apropiados del mundo, agenciados en función de su capacidad de *enunciar*. Aparecen así, como grandes analizadores, los *agenciamientos colectivos de enunciación* (Deleuze y Guattari, 1985; Guattari, 1981).

En este artículo desarrollaré una crítica sobre el concepto de *analizador* en su formulación guattariana. La crítica que Deleuze y Guattari dedicarían a los modelos tradicionales y también a los lacanianos del psicoanálisis, poco tiempo después podría ser aplicada al propio modelo de La Borde. El *análisis salvaje*, inopinado, espontáneo de los analizadores era ignorado, opacado o subsumido en el *análisis sabio* del analista. “Sería bueno que haya analista”, había

dicho Lacan a Guattari (Dosse, 2007:223). Éste, a su vez, respondía con la contención del analizador, a partir de su lugar de analista.

En este artículo mostraré que esta oposición: *analizador-analista*, sí fue percibida por Lapassade en su propia experiencia psicossociológica. Más que pedagogo (su participación en el Grupo de Pedagogía Institucional, formado con Lourau y Lobrot, no fue directa en tanto maestro y profesor en alguna institución educativa), Lapassade era un investigador de los pequeños grupos, desde los cuales inventó, junto con Lourau, los dispositivos básicos del socioanálisis y, posteriormente, derivó hacia la etnología y la antropología, entre otras cosas.

El trabajo de Lapassade en las intervenciones psicossociológicas que llevó a cabo en diversas instituciones le fue mostrando, a partir de la crítica de los límites impuestos a los cursillos y las limitaciones de los *T-Groups*, que existía una oposición entre el *analizador*, quien aparecía inopinadamente en el desarrollo de los grupos durante la intervención o el cursillo de formación y denunciaba los no-dichos sobre la organización misma del cursillo o la intervención, y el *analista*, quien normalmente debería negar, contener, obturar o desviar la virulencia del análisis operado por el analizador. Esta oposición no había sido vista por Guattari, dadas sus implicaciones en La Borde y, en general, en la psiquiatría y el psicoanálisis. Ése fue el punto de partida para distinguir los tres tipos de analizador enunciados por el socioanálisis: *analizador construido*, *analizador natural* y *analizador histórico*.

La institucionalización del análisis en la psicoterapia institucional

En el hospital de La Borde, según la biografía escrita por François Dosse (2007), se estableció una “multiplicidad de agenciamientos institucionales”. Grupos fundados sobre la idea de ser “grupos sujetos”, espacios de producción de análisis. Una serie de instituciones habían sido alteradas profundamente. El tipo de vida cotidiana en la clínica era cercano a las *comunidades* de la época, experimentos es-

pontáneos de vida en común, que realizaban una crítica en acto de las instituciones alienantes de la vida cotidiana. Para muchas de las personas que realizaron allí una estancia o que definitivamente se quedaron a residir, La Borde era una utopía practicada. La familia, la pareja y el amor romántico eran considerados gérmenes alienantes de la subjetividad capitalista. En la clínica, consecuentemente, convivía el analista con sus pacientes, y éstos, con el personal administrativo. Las actividades no respetaban títulos ni jerarquías. De acuerdo con ciertas prescripciones, el personal tratante era autorizado para realizar psicoanálisis o psicoterapias. Por turno, las labores manuales, la limpieza, jardinería, cocina, etcétera, eran realizadas tanto por el personal tratante como por los enfermos. Los psiquiatras aprendían las cuestiones administrativas, y los administradores se habilitaban en el cuidado de los pacientes. Se trastornaba completamente la división del trabajo instituida socialmente.

No obstante, habría otra cara del proceso analítico iniciado en La Borde que en general no se esclarecía. Al mismo tiempo, Guattari, tanto como Oury, entre otros, realizaban procedimientos de carácter psiquiátrico y psicoanalítico con los residentes. Era como si el análisis —no sólo de la locura, sino también de la institución— se dispusiera en dos escenas que permanentemente se entrecruzaban: una escena era la de los agenciamientos institucionales, de los grupos, del SCAJ (sub-comisión para las actividades de la jornada), en la cual se producía el elemento analítico tanto del hospital como de los vínculos entre sus participantes (tratantes, enfermeros, médicos, pacientes, personal de apoyo, etcétera) y la otra era la de los tratamientos individuales.

En La Borde se utilizaron prácticamente todas las técnicas psiquiátricas y terapéuticas conocidas. Los electrochoques, utilizados como forma de represión en muchos hospitales, tanto en Francia como en otros lugares, fueron una técnica que se usaba para reducir la ansiedad del enfermo:

Ella —Marie Depussé— intervino en una reunión sobre un enfermo cuya violencia parecía que debería ser contenida decidiendo una serie

de electrochoques [...] en La Borde, se asume también este aspecto de la psiquiatría, y de todos modos son numerosos los pensionarios que lo vuelven a solicitar para calmar su angustia (Dosse, 2007:67).¹

Estaban, en general, muy lejos de la no-directividad o de las ideas de autogestión de la salud mental. Eso no impedía que se llevaran a cabo procesos de análisis de sus instituciones sumamente interesantes. No obstante, existía ese corte entre los espacios colectivos del análisis, frente al espacio más privado, sea dual en psicoanálisis, o grupal. Respecto a este último, sí hubo un grupo de psicoterapia no-directiva, que denominaron “el gran grupo”. Allí se juntaban —en un número aproximado de 15— los enfermos más reticentes a participar en las actividades de la clínica. Este grupo tuvo una duración excepcional: cerca de 10 años. Sin embargo, hubo otros grupos más efímeros:

Para salir del doble *impasse* de grupos demasiado grandes o de la sola relación dual entre cuidador y paciente, se decidió en La Borde la creación de pequeñas unidades [...]. Finalmente, esas UTB² tuvieron el efecto perverso de suscitar un hiper-familiarismo reforzado en esas pequeñas unidades que tenían una tendencia a cerrarse sobre ellas mismas (Dosse, 2007:64-65).

Así, frente a la socialización del proceso analítico en la clínica, permanentemente se reconstituía la figura del *analista* en la escena más privada de la psicoterapia o del psicoanálisis. Esta problemática tenía ecos en aspectos fundamentales para la creación del esquizoanálisis.

En relación con la autogestión, ya Tosquelles (1966) había marcado distanciamientos respecto de los planteamientos de Lapassade en su obra *Autogestión pedagógica*:

¹ Las traducciones del texto de Dosse son mías.

² Unidades terapéuticas de base.

El malentendido sería grave si confundiéramos la intención de autogestión, más o menos coherente desde su punto de vista, con el club al interior de un hospital psiquiátrico. Para nosotros eso no es más que una posibilidad —verdaderamente indispensable— para que ciertos fenómenos se socialicen [...]. Para nosotros, tal movilización —esperada— no puede aparecer sin que salga a la luz al mismo tiempo, nuevos fenómenos de defensa, sin que se despierten otras resistencias entre las cuales —y no las menores— se hallan las resistencias que tomen la forma de pasaje al acto. Tanto más cuando se presenten con la forma de una apariencia de liberación, que no es más que un señuelo (Tosquelles, 1966, citado en Manero, 1992:31).

Lo que resulta relevante de este planteamiento es precisamente la concepción del análisis. Para Tosquelles, la experimentación de los novedosos dispositivos de la psicoterapia institucional son formas de convocar, invocar o *provocar* fenómenos de corte transferencial, *que serían objeto o material de análisis* por parte del especialista: el analista. Dicho de otra manera, es la recuperación del psicoanálisis en un dispositivo institucional psiquiátrico. Se oponen en este planteamiento dos concepciones del análisis: por un lado, el análisis institucional en acto, producido por la instauración de un dispositivo que rompe con las formas instituidas de gestión de la salud mental por medio de la psiquiatría, y por el otro, el proceso analítico que se instaura a partir de la elaboración de los procesos transferenciales que tienen lugar en la relación de los pacientes con el analista y mediante transferencia institucional, con la misma institución.

El planteamiento de Tosquelles implica la obturación de un modo de análisis, el cual queda hipostasiado frente a otro que será privilegiado. Castel analizaría, de manera muy lúcida, cómo para la emergencia y el análisis de la escena transferencial es necesario poner entre paréntesis, en suspenso, los elementos sociales y políticos que de cualquier manera están presentes en el dispositivo psicoanalítico (Castel, 1980). En el contexto hospitalario esos elementos subsumidos por el psicoanálisis eclosionan a partir del dispositivo de provocación. La labor del analista es *ocultarlos de nueva cuenta*,

considerándolos como un “pasaje al acto” (*acting out*) o, en el mejor de los casos, como *señuelos* de los que se vale la resistencia al análisis. El hospital se convertiría en un instrumento de cura a condición de hacer emerger, provocar, como en el dispositivo psicoanalítico, la escena inconsciente y las lógicas transferenciales. Para ello, era necesario que el *analista* obturara el análisis institucional en acto que tenía lugar en el dispositivo. Su principal instrumento: la interpretación, aunque llegado el caso, podría acudir a otros medios, como la “contención” por la fuerza o, pasado el tiempo, con los medicamentos.

En La Borde se desbordaban los límites planteados por el psicoanálisis, ya entonces lacaniano. El análisis que tenía lugar en esa diversidad de grupos, de *agenciamientos institucionales*, no podía limitarse al análisis subjetivo hipotecado por la mitología edípica. La ampliación del concepto de transferencia hacia la transferencia institucional iba haciendo su camino, y pronto el lenguaje propiamente psicoanalítico estallaba en múltiples direcciones. Ya no sería posible pensar en el pasaje al acto o el establecimiento de dispositivos “liberadores” como resistencias al análisis, sino, al contrario, como formas efectivas de ejercicio del análisis.

Por ello, el trabajo psicoterapéutico se encontraba en un lugar muy cuestionable. La psicoterapia institucional, incluso en su vertiente esquizoanalítica, encontraba en la existencia del propio analista su límite. Efectivamente, como lo plantea Guattari, habría que hacer estallar la supuesta neutralidad del analista. El analista era y sigue siendo siempre *interviniente*, a pesar de su silencio, catalogado por él mismo como un *bluff* (Manero, 2015). Indudablemente, la crítica al familiarismo y al corte político del psicoanálisis mediante la edipización de las relaciones, hacía de la práctica psicoanalítica en La Borde una forma singular.³

A través de la subversión de los dispositivos inventados en Saint Alban (el hospital que dirigía Tosquelles), tanto Jean Oury como

³ Debemos recordar, con Lourau, que el *corpus conceptual* desde el cual se construye e interpreta un dispositivo es parte del dispositivo mismo. Así, un psicoanálisis de orientación esquizoanalítico debería diferenciarse de un psicoanálisis de orientación lacaniana, por ejemplo.

Guattari se vieron obligados, también, a reinventar sus diferentes técnicas terapéuticas: el dispositivo de provocación analítico debía ser tocado. En sus propias palabras, *lo que se buscaba en La Borde eran las condiciones para formar una nueva subjetividad*. Había un proyecto de situarse más allá de la lógica asistencial. La idea de salirse de los ámbitos de especialización, así como de los papeles esperados, tiene una finalidad esbozada de la siguiente manera por Dosse:

Esta política voluntarista no se siguió sin resistencias y conflictos, ya que golpea con toda su fuerza la especialización de cada uno. Esas tensiones creativas deben suscitar una atención constante a la alteridad en ese lugar en el que la psicosis interpela cada vez de manera distinta las lógicas racionales. Los intercambios comunitarios implementados en las instituciones labordianas apuntan a sacar a los individuos de su aislamiento, a extraerlos de sus tentaciones mortíferas, a romper con la compulsión a la repetición recreando sin parar nuevos grupos-sujeto. El objetivo de esta práctica de los principios de la psicoterapia institucional no es crear lo relacional en tanto tal, sino más bien “*desarrollar nuevas formas de subjetividad*”⁴ (Dosse, 2007:61).

Es importante notar que ya no se trata simplemente de replantearse y apropiarse de las finalidades del psicoanálisis adaptado al hospital psiquiátrico, sino incorporarlo en el trabajo para la creación o producción de un hombre nuevo.

Lacan percibió con toda claridad la revolución que Guattari y Deleuze producirían en la puesta en práctica de las hipótesis contenidas en el *Anti Edipo*. La posibilidad de producir análisis más allá del dispositivo psicoanalítico fue una preocupación que se materializó en la condena contra Guattari, cuyo eje fue la cuestión central del *deseo*. Cuenta Guattari en su diario que en un momento dado Lacan logró convencerlo para ir a cenar, con el objeto de que le comunicara las tesis centrales del nuevo libro que habría escrito con

⁴ Félix Guattari, “La Grille”, exposición realizada en el cursillo de formación de La Borde, enero de 1987, archivos IMEC.

Deleuze, el *Anti Edipo*. Visiblemente nervioso y bloqueado, Guattari acertó a decirle algunas cosas sobre el libro; Lacan tuvo una reacción positiva. Le dijo que lo importante es que hubiera análisis. Sin embargo, esa reacción fue falsamente tranquilizadora. Inmediatamente le preguntó sobre el esquizoanálisis. Guattari cuenta que se confunde, que le relata todo lo que le viene a la cabeza, que desarrolla cualquier idea que se le ocurre en antropología y en economía política. Lacan le responde: “Lo escucho. Muy interesante. En el fondo, Deleuze se dejó desbordar, en Vincennes, por el impulso de sus estudiantes. No sé si para usted las cosas ya están estipuladas, pero creo que es útil que haya analista...” (Dosse, 2007:223). Poco después, cuando Lacan tuvo conocimiento de la crítica devastadora del *Anti Edipo* sobre sus propias tesis, cortó los vínculos con Guattari. Lacan y Guattari se dejaron de ver.

Otro evento claramente analizador de las contradicciones y los límites del esquizoanálisis fue la cuestión de la antipsiquiatría. A pesar de que el público consideraba la contestación de la psicoterapia institucional como una tendencia antipsiquiátrica, tanto Tosquelles como Oury y Guattari trataban de desmarcarse.

Jean Oury era muy cuidadoso de los aspectos éticos en el trabajo con los pacientes psiquiátricos. Fue muy crítico de los dispositivos de liberación libidinal y antifamiliaristas que implementó Guattari en La Borde. A su juicio, se trataba de “kamikazes eróticos”. La destrucción de las parejas, del amor romántico y de las familias era una política explícita, ya que eran considerados elementos de una subjetividad capitalista. Dicha política hizo estragos en la gente en La Borde, y para Oury aplicarla a los esquizofrénicos era un crimen.

Este sentido de responsabilidad, que en un momento dado lo opuso a Guattari, en otro momento se dirigió contra la política de cierre de hospitales que proponía Basaglia. En esa ocasión, sin embargo, Guattari estuvo de acuerdo con él.

Basaglia había visitado a La Borde para estudiar esa experiencia psiquiátrica. A su parecer, las prácticas de psicoterapia institucional eran demasiado reformistas, integradoras y conformistas. Para Basaglia se trataba de negar la institución, de cerrar los hospitales

psiquiátricos.⁵ Ésas eran acciones que estaban más allá de las perspectivas y los límites que se planteaba Guattari:

En el clima de radicalización política, en la Italia de los años 1960, la corriente de la antipsiquiatría va a representar un actor no despreciable. Guattari no sigue a Basaglia hasta sus posiciones extremistas. En 1970, se pregunta si no se trata de una “fuga hacia adelante”, una tentativa de “carácter desesperado” (Guattari, “Guérilla en psychiatrie”, 1970 [Guattari, 1976:298]). Guattari critica además el carácter irresponsable de ciertas posiciones de Basaglia, que rechaza administrar los medicamentos a sus pacientes bajo el pretexto de que sería un medio para el médico de enmascarar su incapacidad para entrar en una verdadera relación con su enfermo. Guattari se pregunta, incluso, si así no se llega, con las mejores intenciones del mundo, a negar al loco el derecho a estar loco. La negación institucional de Basaglia sería entonces una denegación, en el sentido freudiano, de la singularidad de la enfermedad mental (Dosse, 2007:395).

Nuevamente aparece el analizador del esquizoanálisis. Su condición de existencia era negar aquella propuesta inicial, su propio proyecto. El *Anti Edipo* era, en su propia constitución, en las experiencias sobre las que se había escrito, el proyecto del esquizoanálisis. Allí, el análisis no puede detenerse con las figuras alienadas del familiarismo edípico. La edipización del inconsciente va de la mano con las formas de patologización de la locura y con la generación de subjetividades alienadas. No hay psicoanálisis que pueda oponerse. Lo más que puede hacerse, en las condiciones actuales, es hacer presión en favor de un proceso de desalienación, aunque esto no es posible sin generar *máquinas de guerra en revoluciones moleculares*. Es necesario multiplicar los agenciamientos colectivos e institucionales de enunciación (que, indudablemente, estarían presentes en la experiencia de la *psiquiatría democrática*).

Frente a Basaglia, Guattari grita que es necesario que existan los psiquiatras, que es necesario medicar a los enfermos, contenerlos, así

⁵ Cosa que se logró más adelante, con la ley 180.

sea con electrochoques (o con judo, que Guattari practicaba muy bien desde sus días militantes). La relativa institucionalización del esquizoanálisis en La Borde muestra los límites de su proyecto. Es, indudablemente, un agenciamiento colectivo de enunciación. Pero, al igual que el psicoanálisis, requiere de un *analista* (así sea colectivo), que limite y contenga la *provocación* que su mismo dispositivo impone.

En ese sentido, aparece el fenómeno que desarrollaría Lapassade, en el cual la potencia, virulencia y polisemia del analizador se opone a la necesidad de contención y dirección del analista. A partir de allí, la figura del analizador y el analista deben ser analizadas finalmente para encontrar las condiciones mismas del juego de creación y conocimiento.

Fue la doble transgresión de la psiquiatría operada por la psicoterapia institucional (en el modelo de St. Alban y el de La Borde), la que construyó el analizador esquizoanalítico. Sin embargo, es en la contención de su estallido, en la territorialización de sus agenciamientos colectivos e institucionales de enunciación, donde el analista, ahora esquizoanalista, se opondría a la generalización del análisis.

Lapassade: la oposición del analizador y el analista

Paralelamente a los trabajos de Guattari en La Borde, Georges Lapassade, reconocido psicólogo, que había estudiado filosofía, psicoanálisis, psicología, quien fue un gran etnólogo y sociólogo, también se encontró con el concepto de *analizador*. No obstante, a diferencia de Guattari, su biografía no pasó tanto por la militancia, sino más bien por el estudio, la pedagogía y la investigación. Ya desde joven, él había tenido relación con la psicoterapia institucional, había visitado el hospital de Saint Alban, donde Tosquelles era director. De hecho, como hemos visto antes, Tosquelles le dedicó algunas líneas, en las que se desmarcaba de los posicionamientos y las posturas de Lapassade en torno a importantes aspectos sociales, aquellos que habían surgido a partir del 68.

Durante la década de 1950, Lapassade había realizado sus estudios de filosofía y había terminado su doctorado con la tesis que después publicaría con el título de *La entrada en la vida* (Lapassade, 1963). Era investigador del CNRS,⁶ y también era profesor consejero en la Residencia Estudiantil de Antony, cerca de París.

Ya desde la década de 1960, Lapassade inició con el trabajo de las intervenciones, en primer lugar, en medios estudiantiles. Había conocido los *T-Groups*, y tanto desde su formación como en la práctica de ese método psicosociológico le parecía que se escapaba, que estaba rechazada o reprimida, una dimensión institucional. Bien pronto, junto con Lobrot y Lourau, formaría el Grupo de Pedagogía Institucional, que era el asiento práctico y experiencial de su tendencia, denominada *autogestión pedagógica*. Efectivamente, el descubrimiento lapassadiano de una dimensión institucional en los grupos permitiría incorporar un nuevo analizador en las prácticas pedagógicas de aquella época.

No obstante, su práctica psicosociológica seguía inspirada en las formas clásicas que en Francia se desarrollaban en el contexto de asociaciones como la ARIP.⁷ En esas asociaciones se agrupaban psicosociólogos como Eugène Enriquez, Max y Robert Pagès, Claude Faucheux, entre otros. Es desde ese tipo de práctica que descubre la *no-directividad* y, posteriormente, la problemática de la autogestión.

Eran tiempos en los que se inauguraba la crítica de la burocracia. Castoriadis, Lefort y otros rompían la unanimidad del apoyo al Partido Comunista Francés por parte de la izquierda, y se iniciaba un movimiento de crítica que permeaba fuertemente los medios estudiantiles.

Hacia principios de 1960, en Francia, las derivaciones del movimiento Freinet habían dado nacimiento a dos formas principales de trabajo en pedagogía. Estas derivaciones fueron bautizadas como *pedagogía institucional*. En dicho movimiento se distingúan

⁶ Centro Nacional para la Investigación Científica, por sus siglas en francés.

⁷ Asociación para la Investigación y la Intervención Psicosociológica, por sus siglas en francés.

dos tendencias: una más psicoterapéutica y psicoanalítica, sumamente emparentada con la psicoterapia institucional, una de sus cabezas más visibles era Fernand Oury, hermano de Jean Oury, fundador junto con Guattari de La Borde; la otra tendencia era de orientación no-directivista. A ella pertenecían Raymond Fonvieille y Bernard Bessières, quienes después se dirigirían hacia la autogestión pedagógica.

Lapassade, desde su experiencia como psicólogo e interventor, siguió de cerca esta última tendencia. Desprendida del Grupo de Técnicas Educativas (en el que también se encontraba el grupo de Fernand Oury), esta corriente constituyó el Grupo de Pedagogía Institucional, junto con Lourau, Lobrot y algunos otros. La fundación de este grupo tuvo que ver con varios procesos. Por un lado, estaba la observación que realizó Lapassade de los grupos de Fonvieille y de Bessières, que ya entonces realizaban experimentaciones interesantes partiendo de las técnicas Freinet, pero también estaban permeados de las problemáticas políticas de la época, así como del no-directivismo que se había importado de Estados Unidos. Por otra parte, contaban con las intervenciones de Lapassade, en las que de alguna manera emergían las hipótesis que se había planteado a partir de la implementación de los *T-Groups* en su práctica psicopsicológica.

El T-Group como analizador pedagógico

“La función pedagógica de los *T-Groups*”, publicado por primera vez en 1959, fue un artículo que planteaba, de lleno, la cuestión del análisis institucional (Lapassade, 1979). Por ello Lapassade reclamó para sí el invento de tal denominación frente a la posición de Guattari. En ese artículo, la idea del no-directivismo del *T-Group* incide analizando la relación instituida con el saber:

El *T-Group* ha heredado de sus orígenes un contexto que oculta su función pedagógica. En efecto, en las definiciones que de él se daban en 1959 se ponía generalmente el acento sobre los procesos de grupo. Se mostraba de qué modo el grupo, ubicado en cierta situación (sin pro-

grama de trabajo que no fuera el de su autoanálisis permanente, con un monitor no directivo), evoluciona hacia la autogestión a partir de una indeterminación inicial limitada por cierto número de reglas.

El análisis del grupo y de su maduración ocultaba, al menos parcialmente, otra dimensión de esa situación, que se definía, no obstante, como una situación de formación (*training*): la dimensión institucional de la relación con el saber (Lapassade, 1979:23).

La no-directividad resulta ser un gran *provocador* en el contexto escolar, ya que deja en la insignificancia el sistema disciplinario sobre el que se asienta la significación de la escuela napoleónica. Junto con el sistema disciplinario, la implementación de las experiencias no-directivas hacía estallar una serie de supuestos pretendidamente pedagógicos que centraban la actividad docente. Analiza la relación instituida con el saber, a la institución misma del saber. El cuestionamiento sobre los sistemas de exclusión, de las calificaciones, de las repeticiones y de los programas se derivaba de los efectos analizadores de las experiencias no-directivistas realizadas de manera casi experimental en las escuelas.

En poco tiempo, los dispositivos no-directivos reclamarían una dimensión política asociada transversalmente con el concepto político de la autogestión. Las diferentes luchas que desembocaron en el 1968 francés fueron el contexto que estabilizó por un tiempo el significado del concepto de *autogestión*, expresión vecina del concepto de *autonomía*.

Sin embargo, la parte medular del trabajo de Lapassade en esa época fue la de los procesos de intervención psicosociológica. Acompañado por psicólogos de la talla de Enriquez o de Max Pagès, realizó diversas intervenciones en muy dispares establecimientos. Desde su intervención *princeps* en la UNEF,⁸ hasta la intervención en un grupo de enfermeras, en la cual descubre claramente lo que denominó el *objeto institucional*, los planteamientos iniciales sobre la función pedagógica del *T-Group* como *analizador* de la institución del saber se repetían.

⁸ Unión Nacional de Estudiantes de Francia, por sus siglas en francés.

A lo largo de estas intervenciones, se fue transformando el dispositivo clásico de los *grupos de formación*,⁹ para la invención de otro, en el cual la *no-directividad* pudiera extenderse hasta la planeación y el diseño del cursillo-intervención. Dicho de otra manera, el inicio de los dispositivos de análisis que se orientaban hacia el análisis de la institución, se realizaba a partir del *desbordamiento* del dispositivo del cursillo-intervención (*stage*) planeado desde la perspectiva psico-sociológica. Si los *T-Groups* surgieron del desastre del dispositivo de la dinámica de grupos, los dispositivos del análisis institucional partieron del desbordamiento del dispositivo del cursillo-intervención.

Fue en ese desborde que Lapassade pudo constatar lo que ya estaba apareciendo en el contexto de la psicoterapia institucional. La condición para el ejercicio del analista, para el análisis especializado, era la obturación del análisis en acto llevado a cabo por el analizador. Estos elementos serían desarrollados posteriormente por Lourau.

El psicoanálisis como analizador del inconsciente

La experiencia de La Borde había mostrado que el trabajo del analista consistía, fundamentalmente, a través de su saber, en *contener*, en decodificar una serie de mensajes simbólicos a partir de un marco conceptual específico. El analizador, al contrario, *provocaba* la emergencia del imaginario, de la fantasía y la fantasmaticización.

Desde allí, a partir de los primeros años de la década de 1950, Lapassade empezó a trabajar en el análisis del dispositivo psicoanalítico: “En 1950 comencé a reflexionar sobre la técnica psicoanalítica y especialmente sobre la regla del decirlo todo en la situación de análisis. Siguiendo el itinerario de Freud, he asistido a la invención de un analizador del inconsciente” (Lapassade, 1979:11).

Ahora bien, para Lapassade, en ese momento la idea de analizador gira alrededor de dos posiciones: en principio, el analizador es un *dispositivo*, una *máquina de provocación* completamente artificial

⁹ Denominación francesa de los *T-Groups*.

diseñada para hacer emerger o *provocar* la aparición de dimensiones ocultas, silenciadas o no explícitas en la práctica social. El dispositivo psicoanalítico sería, en ese sentido, un analizador del inconsciente en la medida en que *provoca* la emergencia de lo imaginario, o en su caso de lo propiamente inconsciente. Dicha emergencia es inopinada, espontánea, tiene las características de un acontecimiento.¹⁰

La otra posición del *analizador* es la que se desarrolla a partir de la biología, según el planteamiento pavloviano, desarrollado en otro lugar (Manero, 2015). Allí, el analizador es un elemento incorporado al ser vivo que permite un mejor intercambio con el medio.

Ahora bien, lo que Lapassade percibe en el analizador psicoanalítico o freudiano se repetirá en el *analizador de grupo*: la oposición entre analizador y analista. Pero lo que resulta fundamental para entender este punto es que dicha oposición *no surge* a partir de una opción o decisión ideológica, o en todo caso de una decisión práctica. *La oposición* entre analizador y analista *es la expresión* de la transversalidad de la institución del saber en el contexto de prácticas específicas. Dice Lapassade en relación con el analizador freudiano:

Como objeto de transferencia y por el hecho de responder con la contra-transferencia, el *analista* es al mismo tiempo *analizador*. Son dos funciones muy diferentes. En su condición de *analista* decodifica mensajes simbólicos, los interpreta dentro del marco de un sistema teórico articulado. Pero, en su condición de *analizador*, el psicoanalista es un provocador de lo imaginario. Ahora bien, sabemos que la dinámica esencial de la cura se basa ante todo en la transferencia, así como en el manejo de lo que yo llamo aquí instituciones de la relación analítica o instituciones de la cura. En otros términos, ello podría significar que, *contrariamente a la opinión habitualmente difundida, el cambio obtenido por la intervención psicoana-*

¹⁰ Y es en este sentido que la idea de eso que emerge está emparentada con los aspectos que posteriormente serían desarrollados por Guattari, en la idea de una *revolución molecular* y de una organización rizomática de la acción y el pensamiento. El acontecimiento se opone, pues, a la estructura. En este caso, el dispositivo de intervención, el analizador freudiano o analizador psicoanalítico, sería una máquina que enfrentará la estructura de edipización, es decir, sintéticamente, la subjetividad capitalista.

*lítica se vincula, antes que nada, no a la interpretación analítica, sino a todo aquello que tanto en la cura como en el ceremonial y la transferencia tiene función de analizador (Lapassade, 1979:19).*¹¹

Esa cuestión está en el corazón de los límites del propio dispositivo psicoanalítico. Lacan insiste: “creo que es útil que haya analista”. La presencia del analista, su trabajo de contención y de continencia, garantiza, de alguna manera, la posibilidad de regulación de la emergencia de los contenidos inconscientes. La antipsiquiatría, especialmente la psiquiatría democrática de Basaglia, denunció la complicidad de la psiquiatría con el Estado.

Asimismo, en otro trabajo (Manero, 1992) he mostrado un elemento central para la comprensión de la psicoterapia institucional: el límite que marca la presencia del analista en la generalización del análisis. Dicho límite, indudablemente tiene que ver con la institución del saber sobre el inconsciente. Así, el debate al interior de la psicoterapia institucional es el debate entre dos dispositivos psiquiátricos: St. Alban y La Borde. Ambos poseen un club terapéutico, así como la *grilla* de las actividades. Sin embargo, existe una diferencia en la finalidad: en St. Alban, hay que trabajar sobre el hospital para transformarlo en un instrumento de cura, hay que hacer de él un lugar en el que se puedan realizar “verdaderas terapias”, a sabiendas de que es la “terapia”, es decir, los procesos de interpretación y resolución de la dinámica transferencial, lo que curará a los pacientes. En La Borde, sin embargo, la finalidad es otra: entre locos, esquizofrénicos y una floridísima variedad de patologías, médicos, psiquiatras, enfermeros, artistas, personal administrativo, todos trabajan para producir *una nueva subjetividad*.

En St. Alban la creación, la transgresión de ciertos límites, las nuevas discursividades producidas por el dispositivo hospitalario son el objeto de análisis e interpretación por parte de los analistas. Si los pacientes se curan, *sería por el efecto terapéutico de la interpretación del psiquiatra-psicoanalista*. Éste toma como objeto la emergencia del

¹¹ Las cursivas son mías.

nuevo tipo de actividades, conflictos y producciones (deseantes, diría Guattari). Allí, el *analizador freudiano*, el psicoanálisis como *analizador del inconsciente*, opera en el sentido analizado por Lapassade: tanto el psicoanalista como el hospital mismo operan en el sentido del *analizador*. Sin embargo, la valoración del proceso terapéutico, la potencia de curación se atribuye a la labor interpretativa del analista, que convierte a dichas producciones deseantes en objetos simbólicos susceptibles de reducción al análisis propiamente psicoanalítico. De ese modo, se opera el ocultamiento del análisis institucional a partir del psicoanálisis.

Al contrario, en La Borde se pretende crear o producir una nueva subjetividad. Allí, es la desbordante creación instituyente (en lenguaje castoridiano), la que debe operar como vector terapéutico. Sin embargo, al mismo tiempo existen las técnicas psiquiátricas (electroshock, medicación) que permiten contener no sólo la angustia o ansiedad de los residentes, sino también su violencia y agresividad. *En La Borde se separa (analiza) lo que se encuentra unido (sintetizado); en St. Alban: la doble función del psicoanalista*. Pareciera que el psicoanalista opera desde una burbuja, desde un espacio aislado y diferenciado de la vorágine labordiana, pero, también, psicoanálisis y técnicas psiquiátricas operan en el sentido de la *contención* del analizador *salvaje* invocado y provocado por el dispositivo: es el *deseo* como analizador de las formas instituidas.

En el caso de Freud, el analizador (el ceremonial de la cura, la transferencia) es manejado por el analista en función de lo que le revela la interpretación analítica de la transferencia y la contratransferencia.

Ese trabajo del analista lo reconoce, sostiene y solicita el conjunto de las instituciones dominantes.

Queda prohibido, en cambio, dejar que se instauren analizadores silvestres cuando surgen de manera espontánea...

Se prohíbe, por lo tanto, el funcionamiento de esos analizadores si uno mismo no lleva oficialmente a cabo un trabajo controlado de analista y no domina, gracias al análisis, el material silvestre tal cual lo producen los analizadores (Lapassade, 1979:9-10).

Como ningún otro, el dispositivo psicoanalítico nos revela la contradicción entre el analizador y el analista.

Los dispositivos grupales y la relación con el saber

Esta oposición también se revela en el descubrimiento de la dimensión velada en los dispositivos grupales: fundamentalmente, una dimensión institucional. En dichos dispositivos, la virulencia, el acontecimiento, la polisemia del analizador deben ser contenidas por la interpretación y el control del analista:

Los practicantes del *T. Group* se hallan en una situación-analizador que se define mediante una referencia oculta a la institución del saber. Pero jamás se habla de esta referencia, es decir, del sentido institucional cuyo vehículo es el monitor. Se dice que los practicantes desean aprender y que se puede explorar ese deseo de saber: en principio, el monitor posee el saber del deseo. Así, el *T. Group* funciona, por lo menos implícitamente mientras no se lo diga, como un analizador de la relación humana y pedagógica con el saber. Pero corrientemente se insiste más bien en “lo que ocurre en el grupo” para facilitar la preparación para el diagnóstico de los procesos de grupo antes que en la exploración de las relaciones de formación instituidas. Ésa es tal vez la herencia, indicada hace un momento, de los orígenes. Al *T. Group* se lo ve más bien como un casi laboratorio de la psicología antes que como un analizador de la pedagogía (Lapassade, 1979:24).

Dicha herencia sería conceptualizada por el análisis institucional como el *grupismo*, es decir, el grupo centrado sobre sí mismo. Es cierto que muchas tendencias de trabajo grupal plantean críticas importantes al grupismo. Más allá de los planteamientos de Guattari al respecto, que hemos revisado antes, también los trabajos de Bion, Pichon-Rivière y Bauleo muestran esta vocación por romper lo que aquél denomina la *fantasmaticación del grupo*, es decir, el grupo centrado en sus propias fantasías, haciendo el análisis retrospectivo en la construcción

de un *imaginario especular* (a la manera de Castoriadis). Su trabajo consiste en un proceso de elaboración que debería llevarlos a aumentar su coeficiente de transversalidad o, en otros términos, la elaboración de una tarea que los llevaría hacia la construcción de un *proyecto*, que implica necesariamente la finalización del grupo.

El *T-Group* es el modelo fundamental sobre el que se han construido los diferentes métodos de trabajo e intervención grupal. Más allá de las variaciones en torno a los referentes desde los cuales se comprende la discursividad del grupo, los estilos y la colocación del monitor, coordinador o animador, como quiera que se le llame, el dispositivo inicial de los *T-Groups* es fundante en esa práctica grupal.

Sartre dedicó parte de su trabajo denominado “Cuestiones de método” (Sartre, 1985) a criticar los planteamientos de Lewin sobre su *Teoría del campo*, especialmente en su concepción sobre el grupo. Allí, critica la totalización, el cierre del grupo, como una forma fetichista: “En Lewin, por ejemplo (como en todos los gestaltistas), hay un fetichismo de la totalización: en lugar de ver allí el movimiento real de la Historia, la hipostasia y la *realiza* en totalidades *ya hechas...*” (Sartre, 1985:61). Asimismo, Sartre criticaría fuertemente la idea del *distanciamiento* del monitor, con toda la parafernalia del supuesto *saber objetivo* que deriva de esto, la posibilidad de una *observación objetiva*. Sartre plantea que Lewin olvida (y podríamos extender esto a buena parte de las técnicas y los dispositivos grupales) que, para estar fuera de un grupo, es necesario estar dentro de otro (Sartre, 1985:66).

Si efectivamente los *T-Groups*, y los diferentes métodos y técnicas de trabajo grupal que se derivaron, lograron funcionar como *analizadores* de la relación de los humanos con el saber, bien pronto el mismo dispositivo grupal sería objeto de sus propios analizadores.

El descubrimiento de la dimensión institucional y el analizador natural

El ámbito de desarrollo de los *T-Groups*, como lo expresaba Lapassade en la cita anterior, no fue tanto la escuela o las instituciones pedagó-

gicas, sino la experimentación psicosociológica, el trabajo con grupos. Ese trabajo se realizaba fundamentalmente en cursillos o seminarios de formación en el trabajo grupal (*T-Groups*) y también en intervenciones hechas bajo demanda. Lapassade describe la organización de esos cursillos o intervenciones de la siguiente manera:

En éstos se organizaban, en efecto, grupos no directivos (*T-Groups*) con hora fija dentro de un programa cuyo horario, íntegro, se había establecido con el minucioso rigor de las escuelas más tradicionales, con su “empleo del tiempo”. Ahora bien, precisamente el horario y el programa son instituciones de la formación (Lapassade, 1979:25).

En dos intervenciones, en la UNEF y en Lys Chantilly, el dispositivo se encontró fuertemente cuestionado. Por una parte, la presión constante de Lapassade, a lo largo de la intervención en la UNEF, por analizar el dispositivo mismo de la intervención, así como orientarlo hacia la autogestión (Manero, 2015:65), y por otra la participación de una persona, denunciando la contradicción entre el espíritu no-directivista de los *T-Groups* frente a la directividad del dispositivo del seminario:

Recordamos la intervención de un practicante con posterioridad a una conferencia en el curso de las prácticas: ¿no había contradicción, preguntaba, entre las bases de la dinámica de grupo, “ideología de las prácticas”, y la frustración experimentada de no poder expresarse al término de la sesión? [...] Queremos significar que dentro del seminario las situaciones no directivas en cuanto al método entran efectivamente en conflicto con el carácter directivo de la institución y que el conflicto se encarna en la persona misma de los animadores: son no directivos y al mismo tiempo tienen el poder regulador de la situación (Lapassade, 1979:98).

Lapassade percibe la misma relación de contradicción entre el analizador y el analista, ahora en lo que se refiere a la cuestión de la liberación de la palabra. El tema de la no-directividad estaría rein-

terpretado varias veces en la historia del análisis institucional. A la no-directividad presente en los *T-Groups* se añadirían, posteriormente, las ideas de Rogers y sus grupos de encuentro. Esto llevaría a Lapassade a generar una metodología de intervención socioanalítica que denominaría *encuentro institucional*. No obstante, estaba también presente la idea de que la no-directividad que habían descubierto a partir de los *T-Groups* tenía también una dimensión política, que había sido enunciada, al menos, desde Rousseau, con su idea de una *educación negativa*. Esta perspectiva política de la no-directividad fue la que se sintetizó en la idea de la *autogestión pedagógica*. Allí Lapassade llevaría al plano institucional la operación de su crítica de las dimensiones institucionales oculta en las prácticas psicociológicas. Sin embargo, esto no sucedería sin problemas. En la intervención en la UNEF, uno de los organizadores estudiantes del cursillo-intervención describe de esta manera el analizador:

En el presente de la situación, se dijo bastante claramente que este monitor [Lapassade] inducía el cursillo hacia una experiencia de auto-gestión imposible. En efecto, quién podría gestionar el cursillo cuando todo ya estaba previsto con anterioridad por los organizadores: lugar del cursillo, equipo de monitores, finanzas, horarios (Manero, 1992:61).

Pareciera que Lapassade reencontraba, ahora en los seminarios de formación, esa doble función del especialista, ahora monitor de los *T-Groups*. El monitor, como el psicoanalista, debía no sólo provocar la emergencia del imaginario, sino también contener la virulencia del analizador. Solamente que en esta ocasión se hace visible algo que ya estaba presente desde la experiencia de la psicoterapia institucional, pero ahora surgía de manera mucho más nítida: es al interior del mismo dispositivo, es decir, al interior del analizador construido, artificial, que surgía esa otra forma. Se hacía observable el *analizador natural*. Así, más allá del analizador en su sentido biológico, del analizador en tanto *analizador construido* o dispositivo, se colocaba esta nueva figura, que sería el *analizador natural*.

Mayo del 68, el analizador histórico y el concepto de análisis

Buena parte de las experiencias que fueron fundando el bagaje experiencial, así como el *corpus* conceptual del análisis institucional se gestaron en el contexto de la efervescencia social que precedió y sucedió al 1968 francés. Indudablemente, en ese momento, el peso del contexto fue muy determinante no sólo para el vocabulario en el que se podía expresar un pensamiento, sino incluso para los elementos que podían ser pensables en la época. El 68 había revolucionado buena parte de las prácticas sociales, incluyendo las prácticas especializadas. Las intervenciones no podían seguir siendo las mismas. Las preguntas sobre la directividad o la heterogestión de los seminarios y cursillos se daban en el contexto del cuestionamiento generalizado de las diversas figuras de autoridad. Lapassade mismo había sido blanco, poco después del 68, de los comentarios y la burla de algunos grupos situacionistas, que habían puesto en la portada de su revista: “Lapassade es un pendejo”.

Lo que resultaba muy importante para los institucionalistas, era la función analizante que tenía el acontecimiento revolucionario. Eso los obligó a ver hacia atrás y a repensar su comprensión de los eventos de ese tipo:

Lo que ocurrió en mayo del 68 nos ayudó a releer los manuales de historia, a comprender mejor el 89 y la Comuna. El acontecimiento correspondía a aquello de lo que veníamos hablando desde hacía varios años en nuestros artículos o nuestros seminarios. Y no obstante había que aprenderlo todo acerca del acto revolucionario, de su función analizante. El concepto de analizador se nos impuso como una necesidad para comprender acontecimientos sociales (Lapassade, 1979:27).

La misma dinámica profunda animaba tanto a los pequeños analizadores naturales que se encontraban en el proceso de formación o de intervención como a las grandes movilizaciones sociales que habían transformado elementos importantes de la sociedad. Los analizadores tenían la capacidad de mostrar las instituciones vigentes, las que operaban en nuestra realidad social.

La experiencia se realizaba mediante la intervención de los analizadores. Ahora se podía remontar el curso de la historia y descubrir que un acontecimiento como el de la Comuna de París, por ejemplo, había hecho el análisis de las instituciones y mostrado qué es el Estado clasista y qué son los aparatos ideológicos estatales mejor que todos los análisis teóricos y con una eficacia mayor. Al mismo tiempo, la Comuna experimenta la autogestión, que no existía aún fuera de los libros de los proudhonianos (Lapassade, 1979:27).

Las implicaciones de la extensión del concepto de *analizador natural* hacia el de *analizador histórico* fueron muy importantes, y se desarrollarían en otro momento del análisis institucional.¹² En primer lugar, si efectivamente los analizadores sociales o históricos tienen la posibilidad de analizar y comprender mejor los acontecimientos, podría entonces hacerse desde allí una crítica de las formas dominantes de las ciencias sociales, especialmente de la sociología. Por otra parte, se sentaban las bases para una metodología de análisis que podría prescindir del trabajo de intervención especializado, es decir, de la implementación de *analizadores contruidos* para realizar análisis de la realidad social, sin que éstos estuviesen separados o *abstraídos* de la práctica social. Estas cuestiones fueron centrales tanto para la construcción del socioanálisis como método de intervención, como del análisis institucional, como una rama de la sociología que partía de presupuestos de sentido contrario a los de las sociologías dominantes.

¹² Es interesante una paradoja. Desde la década de 1980, Lourau trabajó una crítica de los dispositivos grupales de intervención, y planteó una crítica a las prácticas grupales. Más allá del grupismo, había otra figura, el grupalismo, que consistía en la extensión y aplicación de los conceptos propios del grupo a la realidad social. Así, por ejemplo, Bion podía plantear que había instituciones o grupos de trabajo que podrían estar dominados por ciertos supuestos básicos, tales como el ejército por el supuesto básico de ataque-fuga. El concepto de analizador surge en el contexto de las prácticas grupales, tal como lo hemos descrito, y adquiere toda su pertinencia y significación a partir de su *extensión* hacia otro tipo de prácticas, tales como la intervención institucional, pero también para la comprensión crítica de otros referentes teóricos, tal como lo ejemplificó el mismo Lourau en su crítica de la sociología durkheimiana.

La idea del analizador en el sentido pavloviano no se desarrolló más en el análisis institucional, con la salvedad del paralelismo que pudo surgir posteriormente, cuando se planteó la idea del analizador a partir de la resignificación que producía de la institución y, de esta manera, la posibilidad de que el analizador, en realidad, *produce* o *crea* las significaciones que se institucionalizan en las formas sociales. El analizador, así, sería como un aparato o *máquina* que produce sociedad. Sin embargo, más allá de las metáforas forzadas, lo que sí se puede afirmar es que en este transcurso quedaron establecidas las formas en las que el concepto de analizador podría ser concebido: analizador construido, analizador natural, analizador histórico.

En dicha construcción, la oposición entre el analizador y el analista se expresaría de maneras diversas, pero como corolario, el concepto mismo de análisis estaría en juego:

Dentro de ese contexto había la tentación de denominar “resistencias al análisis” a la conducta de quienes preferían abandonar seminarios de análisis y pasar a la acción. Tales rupturas con el análisis no eran “pasos al acto” que significasen resistencias [...]. Su “resistencia” no era una huida, un acto negativo. Era, en realidad, una toma de posición activa y simbólica con respecto tanto a las instituciones que componían el objeto del análisis como a sus implicaciones teóricas e ideológicas. *Quiénes hacían el análisis de las instituciones universitarias mediante los actos nos enseñaron que la acción puede ser analítica. El análisis no existe tan sólo a través de los discursos de los analistas profesionales.* Los profesionales del análisis siempre pueden, por cierto que con bastante facilidad, producir análisis en seminario, tanto en la intervención como en el papel y los libros. Pero ese trabajo no los prepara más que a quienes no recurren al oficio del análisis para comprender acciones nuevas, acontecimientos inesperados que revelan la verdad de las instituciones.

Antes de mayo del 68 estábamos acostumbrados a practicar análisis que no nos implicaban, realmente, que carecían de riesgos.

No estábamos habituados [...] a admitir que el análisis institucional avanza más rápidamente cuando las instituciones sociales se ven asediadas, atacadas y ocupadas por los grupos analizadores de nues-

tra sociedad: los obreros, los estudiantes, los campesinos (Lapassade, 1979:26-27).¹³

Así, aparecerían dos tipos de análisis opuestos: el análisis del analista, en los seminarios o en las intervenciones especializadas, y el análisis en acto de los analizadores. Se oponían dos formas de producción de saber. El concepto de análisis reproducía la división que aparecía en el lugar de la práctica, entre el analizador y el analista.

La contraposición de estas formas de análisis se sigue repitiendo hasta nuestros días. Aparece el análisis de la acción, de la práctica instituyente de grupos, personas, eventos analizadores, que se contraponen al análisis de escritorio, de cubículo, de seminario o de intervención: el análisis especializado. Si desde éste el primero es juzgado como sentido común, como formas de análisis que no son verificables, que pueden ser engañosas, desde el primero el análisis abstracto es un análisis entrampado por las implicaciones sociales del analista.

Sería necesario, entonces, hacer una crítica de las formas instituidas del análisis, de sus supuestos filosóficos, teóricos y metodológicos, *descolocar* al analista, devolverle su capacidad de *provocación*, al mismo tiempo que generalizar el proceso de análisis, romper su apropiación por un pequeño grupo social y convertirlo en una actividad social y colectiva. He ahí el proyecto del socioanálisis, que sólo podría estar soportado por una *contrasociología* como campo abierto de saberes: “La reconciliación entre el analizador y el analista sólo se podrá realizar en el momento en que todos se vuelvan analistas y al mismo tiempo analizadores” (Lapassade, 1979:11).

Bibliografía

- Castel, R. (1980). *El psicoanálisis, el orden psicoanalítico y el poder*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Castoriadis, Cornelius (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets Editores.

¹³ Las cursivas son mías.

- Deleuze, G. y F. Guattari (1985). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Dosse, F., 2007. *Gilles Deleuze Félix Guattari. Biographie croissée*. París: La Découverte.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ____ (1981). “Entrevista”, *La intervención institucional*. México: Folios Ediciones, pp. 93-122.
- Lapassade, G. (1963). *L'entrée dans la vie*. París: Éditions de Minuit.
- ____ (1979). *El analizador y el analista*. Barcelona: Gedisa.
- Manero, R. (1992). *La novela institucional del socioanálisis. Ensayo sobre la institucionalización*. México: Colofón.
- ____ (2015). “El analizador y el sentido del análisis. Génesis teórica del concepto”, *Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales*, diciembre, núm. 19, pp. 1-18.
- Sartre, J. P. (1985). “Questions de méthode”, *Critique de la raison dialectique*. París: Gallimard.
- Tosquelles, F. (1966). “Conclusion”, *Revue de Psychothérapie Institutionnelle*, núms. 2-3.

Recepción: 30 de agosto de 2017
Aceptación: 13 de marzo de 2018